

HUGO NEIRA.—Profesor Germani: Usted publicó en mil novecientos sesenta «La sociedad en transición». De esta época a ahora, ¿los acontecimientos últimos, al nivel del nexo entre estructuras sociales y políticas, confirman, apoyan o niegan su tesis inicial?

GINO GERMANI.—Fue una noción, una hipótesis conveniente, nada más. ¡Toda la historia está en transición! En realidad, he hecho algunos cambios en un libro que he publicado últimamente sobre la Teoría de la modernización. ¿Frente a los acontecimientos? Para caracterizar el momento actual de la América Latina diría lo siguiente: todos los países atraviesan unos períodos bastante parecidos, tanto por la historia colonial que los unifica como por los impactos uniformes que recibe; modernización por incorporación a los mercados mundiales, inversiones extranjeras (hacia los años treinta, capitales americanos sustituyen a los ingleses). Las condiciones para un cierto desarrollo industrial arrancan de ese episodio. Bien. La segunda petición de principio es que se trata de un desarrollo histórico irreversible. Que tiene sus fechas, aunque cada país ocupe un estadio en este momento. Por eso, hay que fijarse en lo que ocurre con los más complejos, más modernos, más evolucionados. Pues bien, en estos, en el caso de las sociedades más adelantadas de la América Latina (Argentina, Brasil), se hallan en unas determinadas condiciones como los países europeos de la entre-guerra, en los cuales las contradicciones internas del sistema desembocaron en formaciones de tipo fascista. Ahora bien, no creo que el fascismo clásico sea viable. Por razones de clima histórico. Su fase clásica ha terminado. Pero no lo que nosotros podemos llamar las estructuras funcionales del fascismo. Y son éstas las que pueden surgir en los países más avanzados de la América Latina. Por otra parte, yo he definido, como muchos otros, la sociedad moderna, como "la sociedad que acepta el cambio". La sociedad en transición es diferente. Tiene conflictos muy específicos, porque hay grupos que rechazan el cambio. He aclarado en mi último libro que la sociedad moderna acepta el cambio. Idea que es importante. Pero sólo si se la matiza. Por ejemplo, acepta el cambio en muchas esferas, en términos de manifiesto ideológico o de valores. Incluso la acepta en forma real en muchas esferas, pero los grupos dirigentes no la aceptan. Y, en general, la sociedad misma no la acepta en dos esferas. En aquella en que



Desde los años 30, en la América Latina ha seguido un proceso de masificación. Las grandes concentraciones, los gigantescos mítines, a los que nos ha habituado el espectáculo de la revolución cubana, son comunes en el continente. En la foto, trabajadores argentinos llenando la plaza Mayo en "la era de Perón".

innovaciones-conflictos inevitables.

H. N.—El problema de la teoría del conflicto lo lleva a usted a una abstracción aún más lejana que las del caso presente norteamericano, al de los «pasajes» como en la problemática marxista. Pero volvamos a la América Latina. Propongo lo siguiente: ante el cuadro general de fenómenos de modernización —social y económica— y la movilización —social y política— comunes a todos los países, hay quizá dos formas de «aproximación». El primero, en torno a la articulación entre lo arcaico y lo moderno, como lo ha hecho E. J. Hobsbawm con sus «Las rebeliones primitivas». El otro es la serie de movimientos de tipo populista, es decir, el encuentro entre una convocatoria de una «élite» o un «líder», de signo anti-«status quo», y una gran movilización colectiva. Populismo que Wefort, Di Tella y usted han estudiado. Por mi parte, en un estudio sobre ese tema, señalaba en el interior del «magma» populista tres niveles: líder, el movimiento mismo y el partido o círculo de poder (cuando éste llega a formarse). Me preocupa, pues, la relación populismo y fascismo. ¿Cree que el populismo es una variante «tercermundista» del fascismo?

G. G.—Yo diría que hay elementos de populismo en todo el fascismo. Examine el problema; la experiencia histórica muestra que todos los fascismos tienen elementos de populismo y, por lo tanto, algunos signos de izquierda, iniciales, que posteriormente son destruidos. Hay fascismo-movimiento y fascismo-Estado. Además, esto ha pasado en muchos fascismos europeos, por ejemplo en Rumania, Albania, de lo más interesantes, que en sus inicios fueron claramente populistas. Ahora mismo estoy estudiando eso en el caso de Italia; la fase populista, no tengo la menor duda. Y hay pulsaciones fascistas, latentes, en los populismos más importantes de la América Latina, en el peronismo y en el getulismo. En el caso de Perón es accidental. O sea, el líder surge como líder y pensando en una solución fascista, porque eso se acoge a su temperamento, a su experiencia. No olvide que estudio en Italia, visito la Europa de la época. Pero esos líderes sudamericanos son demasiado pragmáticos para atenerse a una ortodoxia fascista. Si la idea no rinde, la abandonan. En el caso argentino, se sirvieron de todos los líderes fascistas; luego, los abandonaron. Pero el movimiento no fue fascista. Fue otra cosa.

GINO GERMANI Y LA AMERICA LATINA

UN LIBERAL ANTE LOS AUTORITARISMOS

En América Latina, 200 millones y como dos latidos. De una parte, la revolución cubana y las guerrillas rurales, el «Che», las guerrillas urbanas, los secuestros de políticos, el romanticismo revolucionario, casi nihilista, de estos años. De la otra, éxodos rurales, hipertrofia urbana, industrialización a ultranza, grandes movilizaciones: sindicales, electorales, gusto de los mítines gigantescos, «tomas de conciencia» en capas populares, aceleradas por los medios de comunicación, rebelión permanente de las élites universitarias, intelectuales, profesionales... Fuerzas políticas de un lado, fuerzas sociales del otro.

En esta ocasión nos ha parecido conveniente confiar a Gino Germani la tarea de esclarecer si los partidos y los movimientos que erosionan el poder del «establishment» —por lo menos desde los años 30 a nuestros días— conforman un solo proceso, tienen algún sentido, conducen a cambios fundamentales y no sólo a simples reformas.

Gino Germani es uno de los más convincentes teóricos —sí, la teoría sociológica es sólo contemplación y no acción— del mundo latinoamericano. Sus estudios y experiencias «sobre el terreno», su independencia de criterio, su desconfianza ante los diversos autoritarismos del medio político que conoce, le convierten en un interlocutor valioso. Ha sido el pionero de las ciencias sociales en el continente; profesor en Buenos Aires y hoy en Harvard en un departamento especializado en América Latina. Hugo Neira, especialista en temas latinoamericanos, y él mismo latinoamericano de origen, entrevistó a Gino Germani en Madrid, donde pasó unos días invitado por la Universidad Autónoma.

se afecta directamente a los grupos dirigentes. No importa cuán moderna sea. Y, segundo, no los aceptan sin conflicto. Sin conflicto, digamos, no institucionalizado. De esos que salen por completo del marco de la sociedad. Además, si hay actitudes que están admitidas desde muy temprano y bien arraigadas, que se han vuelto sagradas, más que las demás, sobre todo en el comportamiento, habrá más conflicto.

H. N.—Todo lo cual desemboca a partir de la sociedad en transición, en una teoría social más general, y quizá más sistemática. Apunta al problema de los desgarramientos en el interior de las sociedades más avanzadas...

G. G.—En efecto, esto se ve claramente en el caso de Norteamérica. Hay el problema racial y otros varios que se han institucionalizado tempranamente, desde la génesis de los Estados Unidos cuando los "padres fundadores". Pero los prejuicios sacros conducen a la guerra civil. Los cambios, así, no van a venir. La regla es ésta: no importa cuán avanzada esté una sociedad, e incluso no importa el tipo de sistema social; la incorporación del cambio no descarta en manera alguna el conflicto. Al menos, cierto tipo de transiciones. No es el fin de la historia. La historia es una serie de finales. Y de

SOCIEDAD EN TRANSICIÓN, CLIENTELAS DISPONIBLES, POPULISMO COMO PREFASCISMO

El "Varguismo" se comporta igual. "Estado Novo" (en mil novecientos treinta y siete), alianzas con Silvio Salgado y sus "camisas" del Movimiento integralista. Pero, como el "Estado Novo" no funciona demasiado y la guerra se está perdiendo en Europa, entonces él prepara el tercer Vargas. El Vargas obrerista. Sí, hay elementos comunes. Pero no veo que necesariamente los populismos den fascismos.

«En el caso inverso, el caso clásico, el fascismo tiene inevitablemente elementos populistas en su partida de bautizo. Porque la masa de base es la pequeña burguesía, las clases medias, con sus reivindicaciones anti-imperialistas. Por ello, esta fase tiene apelaciones fraternales, sentimentales, comunitarias. Pero todo eso se revela como ilusiones cuando llega la hora del poder.

H. N.—Entonces, hay diferencias a uno y otro lado del Atlántico. Profesor Germani, ¿cómo se explica el inmaduro análisis de esa fuerza cuando jugaban un papel anti-imperialista y nacionalista por parte de la izquierda marxista? ¿La feroz oposición de los comunistas, pero no sólo de ellos, ante el aprismo peruano, la negación global de un Codovilla ante el fenómeno de Perón? Teniendo en cuenta que según su explicación eran movimientos de signo ambiguo, que igual vehiculaban un proyecto socialista que uno fascista. Cuestión de quien conducía...

G. G.—Ahora resulta claro, sencillo. En la América Latina ocurría que las izquierdas, incluso diría que todavía sigue ocurriendo a pesar de la mayor autenticidad ganada en los últimos años, veían, ven la realidad a través de libros escritos en otras partes. En ese momento la veían a través de un marxismo pensado, forjado desde Europa, ante la perspectiva del "krach" de mil novecientos veintinueve, el ascenso de Alemania e Italia, la crisis liberal, y los comunistas, por cierto, veían por todas partes el mismo enemigo; era una suerte de batalla universal. Pero la gran culpa no es esa. Pues no estaban del todo equivocados. Entre el mil novecientos cuarenta y cincuenta y seis, Perón era fascista. Es el movimiento que lo lleva donde él no pensaba. Ahí se equivocaron los marxistas, en lo del populismo-movimiento. Mejor dicho, los partidos de la izquierda argentina, particularmente, no percibieron la presencia de una nueva masa obrera.

H. N.—Esas «clientelas en estado de disponibilidad» según su fórmula...

G. G.—Sí, vieja masa obrera, no sólo los obreros nuevos, sino los antiguos trabajadores, que habían quedado desmovilizados por el período de fraude que impidió el juego democrático (mil novecientos treinta a mil novecientos cuarenta. N. de R.). Sí, estaban disponibles. No se dieron cuenta —los marxistas— que vivían en una situación de industrialización. Que ante el movimiento espontáneo de las masas, entonces, había que dar una respuesta activa. No ir con las viejas fórmulas. Pero esa gente hablaba en nombre de tópicos internacionales y europeos que no tenían mucho sentido. ¡Y Europa estaba a diez mil kilómetros de distancia! Las cosas reales ahí eran otras. Perón, en cambio, sí entendió a los obreros. Mucho mejor que Vargas. Es un parangón, pero creo que es válido. Pero hay algo más. Salvo Chile, no había una tradición obrera y de izquierda. La conciencia obrera no se forma en una sola generación. Hay necesidad de varias. Más si debe desembocar en una conciencia de clase. En América Latina faltó tiempo. La toma de conciencia vino desde arriba.

H. N.—Pero hemos abocado, insensiblemente, a otra dimensión: al problema de las clases sociales, a su comportamiento político dentro del desarrollo latinoamericano, un desarrollo por sustitución de importaciones por «internalización» gradual, de la industria. Siempre en retraso, marginal, periférica al verdadero polo industrial: los Estados Unidos, Japón, Europa. Ahora bien,

Evita y Juan Domingo Perón, ante las masas. ¿Qué es el carisma, ese atractivo misterioso que liga a las muchedumbres y a los líderes? En la América Latina, las nociones de Weber están a la orden del día



hay dos estratos claves. Usted ha hablado de los obreros en relación al populismo. Pero hay también las clases medias. Usted ha dicho de ellas, en el curso de sus conferencias en la Autónoma en Madrid, varias cosas muy importantes. Resumen: la formación de las clases medias urbana (de resultados del impacto de modernización) tiende a reemplazar a la vieja oligarquía por una nueva multitud de grupos dirigentes, de técnicos, de alta burocracia, de unas élites muy sofisticadas y cada vez más numerosas. Además, se amplía los patrones de consumo. Aparece una pequeña sociedad opulenta en las ciudades. Pero usted señala que pronto el proceso toca un «techo» económico y social. Hay pléthora de servicios terciarios. El proceso de desarrollo que ha unido obreros y clases medias comienza a separarlos. Y, en otra etapa, las clases medias se transforman en un lastre. ¿Es eso?

G. G.—Sí, es un caso de desfase. Creo que las clases medias se han enriquecido mucho más allá de lo que cabría esperar en el grado de desarrollo económico latinoamericano, al menos si lo comparamos a las pautas de desarrollo europeo. Por consecuencia, el hecho de que esta gente se encontrara en una relativa situación de privilegio ha implicado una especie de cooptación dentro del sistema de poder. Si bien por un momento eso significó un avance grande y una ampliación de la participación política, en un segundo momento, el hecho de haber sido integradas en el sistema, implica también una acomodación al mismo, tal y como está ahora. Y por lo tanto, una mayor sensibilidad a los peligros del caso. Digamos, alcanzaron ventajas sectoriales. Que son importantes, pero no suficientes para continuar manteniendo dinámica a la sociedad. Entonces, tenemos un proceso que ha comprometido consigo a una masa bastante grande de la población, a esas clases medias, que están ubicadas en zonas estratégicas de la sociedad, del Estado, de la economía. Cuyo comportamiento, en la oposición, o en la asistencia pasiva, puede representar obstáculos para nuevos ordenamientos. Creo que es esa la posición de estos grupos frente a los actuales regímenes militares en la América Latina. En algunos casos les sirven de apoyo...

H. N.—En algunos casos, donde hay clase obrera fuerte que les espanta. No es el caso del Perú. Ante un Gobierno que plantea un reajuste rápido de la superestructura institucional a las exigencias de un pasaje de la indus-

trialización primaria a la de bienes de equipo y capital, ante reformas básicas que la amenazan —como una posible restricción de las importaciones de lujo—, la clase media, ese grupo estratégico hasta mil novecientos sesenta y ocho, guarda una actitud de sospecha. Se rumorea en Lima que ésta es La Habana. Hay indicios de una latente hostilidad. No así en las capas populares...

G. G.—Ah, ellos creen...

H. N.—Sí, presenten que puede venir un modelo de desarrollo que no se ocupe tanto de ellos, de su tipo de consumo superfluo. Al menos hasta que la industria local pueda satisfacer parte de las expectativas de alto consumo ya internalizadas en esas clases.

G. G.—El Perú es muy importante. Iré dentro de poco.

H. N.—Otra pregunta. En suma, ¿se podría decir que todo el ciclo político latinoamericano, lo más saltante, se resume en movimiento de tipo «narodniki», de combinación de elementos tradicionales y muy modernos?

G. G.—Sí, pero, ¿a dónde lo lleva eso?

H. N.—Quería llegar a esto: los movimientos «narodniki» han fracasado, no han tenido continuidad en ningún lugar, salvo cuando el movimiento popular que descubre es imbricado a una «intelligentzia». Esto exalta al primer plano el papel de la «intelligentzia» rebelde...

G. G.—Ya veo, el problema de los intelectuales, su relación con las fuerzas políticas... Habría que estudiar el tema profundamente. Pero, por sus manifestaciones externas, la "intelligentzia" parece tener poco sentido frente a la realidad, les falta una visión más realista de su sociedad. Y esto parece ser lo que ocurrió al emerger los primeros gobiernos y movimientos populistas y parece reproducirse de nuevo ahora. Por ejemplo, luego del éxito cubano con las guerrillas, se aplicó a ciegas, en todas partes, como si fuese transferible así no más. Pero a la vez, hay también una conciencia creciente de estas dificultades. En general, atacadas a través de estudios sociales, donde se trata de analizar científicamente la situación de un país, pero hay que buscar una respuesta original...

H. N.—En fin, esta vez no sobre las teorías de la sociedad, sino sobre la sociedad. ¿Es posible que surja antes del dos mil una sociedad industrial en Latinoamérica?

G. G.—Si le dan tiempo. Pero no hay tiempo ■ HUGO NEIRA.